

RAZA, IDENTIDAD Y REBELIÓN EN LOS CONFINES
DEL IMPERIO HISPÁNICO: LOS CIMARRONES DE
SANTIAGO DEL PRÍNCIPE Y *LA DRAGONTEA*
(1598) DE LOPE DE VEGA

Antonio Sánchez Jiménez

Universiteit van Amsterdam

En *La Dragontea* (1598), una epopeya semi-histórica sobre el último viaje y muerte de Sir Francis Drake, Lope de Vega ameniza su relato principal con una serie de más o menos extensas digresiones y excursus, un rasgo característico de la épica culta de la época. La materia principal de *La Dragontea* es la derrota de Drake en 1596 a manos del alcalde de Nombre de Dios, don Diego Suárez de Amaya, pero las digresiones añaden a esta historia central una gran variedad estilística y temática. Así, Lope incluye en la obra discursos de personajes alegóricos como la Religión Cristiana (49–224) o la Codicia (225–624), relatos de otras expediciones inglesas a las Américas (993–1512), descripciones de tempestades (1513–776) o reflexiones sobre, por ejemplo, la falta de mecenazgo que sufren los poetas españoles (2049–72). Una de las digresiones más extensas e interesantes tiene por protagonistas a los negros cimarrones de Santiago del Príncipe, que se enfrentan valerosamente a las tropas de Drake en los cantos VI y VII de la obra.

Pese a su apasionante contenido, esta digresión ha sido poco estudiada hasta ahora por los críticos, que la han relegado, como a la totalidad de *La Dragontea*, ante otras de las muchas obras del Fénix.¹ Los estudios más recien-

1. Existen algunas notables excepciones, como el clásico estudio de Frank Pierce, que analiza la obra condenando su anglofobia (297–305).

tes sobre la epopeya, los de Barbara Fuchs (*Mimesis*) y Elizabeth R. Wright (“Epic”; *Pilgrimage*), sólo mencionan a los cimarrones de modo secundario,² sin analizar el episodio con detenimiento. Fuchs se centra más bien en el entramado ideológico de la obra, observando acertadamente cómo Lope intenta asimilar a los enemigos del imperio español dentro de una narrativa religiosa en la que luteranos ingleses y musulmanes turcos hostigan la nueva Reconquista que fue la Conquista americana (*Mimesis* 140, 145, 147). Aunque la digresión sobre los cimarrones puede sostener elocuentemente sus teorías, Fuchs deja de lado el episodio al señalar las fallas e ironías de la estructura simbólica de *La Dragontea*. Por su parte, Wright examina cómo *La Dragontea* produjo una gran polémica histórico-legal, cómo Lope celebra en la obra un nuevo elenco de virtudes épicas adaptado a las exigencias del momento, y cómo el autor propone la problemática del mecenazgo, que en nuestra opinión también subyace al episodio de los cimarrones.

Este trabajo pretende analizar la función de los cimarrones lopescos y completar los estudios de Fuchs y Wright examinando en detalle la digresión en relación con sus fuentes históricas e indagando qué movió a Lope a incluirla en la epopeya. Para ello, comenzaremos con un mínimo contexto histórico sobre los cimarrones panameños y sus relaciones con Drake. A continuación, analizaremos la digresión de *La Dragontea*, estudiando cómo y con qué fines Lope presenta a los cimarrones, relacionando esta representación con las ideas de críticos como Elizabeth B. Davis o Fuchs sobre la construcción ideológica del imperio hispánico. Seguidamente, trataremos la cuestión de las fuentes de la digresión y la obra a la luz de un descubrimiento que hemos hecho en el Archivo de Indias. Con esta información en mano podremos analizar las implicaciones de nuestro hallazgo, examinando en general la ideología de la epopeya. De este modo, la historia de los cimarrones revelará su conexión con dos de los temas centrales de *La Dragontea*: las cuestiones de la historicidad de la obra y del mecenazgo real como recompensa de méritos individuales.

2. Fuchs los nombra en dos ocasiones (*Mimesis* 149, 192), señalando correctamente que Lope utiliza una imaginería clásica para alabar a los negros (*Mimesis* 149) y comentando que los cimarrones de *La Dragontea* permanecieron “improbably faithful to Spain” (*Mimesis* 149). En este caso, Fuchs parece seguir una fuente tendenciosa y errada en su información histórica, como John Cummings (*Mimesis* 232). Según tendremos ocasión de comprobar posteriormente, la fidelidad de los cimarrones no sólo fue probable, sino real. Por su parte, Wright les dedica más atención (*Pilgrimage* 25, 39, 48–49), aunque sólo se centra en observar cómo Lope les describe como súbditos ideales (“Epic” 51).

Los cimarrones aparecen en *La Dragontea* ya desde la tabla inicial. Este glosario titulado “Lo que se ha de advertir para la inteligencia de este libro” pretende ayudar al lector definiendo varios antropónimos, topónimos y americanismos que encontrará en las octavas reales de la epopeya. Entre estos términos Hallamos rápidamente el topónimo “Santiago del Príncipe” y el americanismo “cimarrones”:³ “Los *Negros de Santiago del Príncipe* se llamaron *cimarrones* porque, huidos de sus amos, estuvieron escondidos en el monte haciendo guerra a los españoles hasta que, reducidos de paz, poblaron dos pueblos, el de Santiago del Príncipe y otro cerca de Panamá, quedando ellos libres” (Vega 72). Es decir, los cimarrones eran esclavos fugitivos que se habían echado al monte en rebelión abierta contra los blancos de la zona (“los españoles”) desde, al menos, los años treinta del siglo XVI (Díez Castillo, *Los cimarrones y la esclavitud* 27; *Los cimarrones y los negros* 19; Martínez Montiel 188–89). Sin embargo, antes de 1595–1596, fecha de los acontecimientos que narra *La Dragontea*, algunas comunidades de cimarrones habían firmado unas capitulaciones y acuerdos con la Audiencia de Panamá y vivían de manera independiente, aunque prestando obediencia a la Corona. Así lo confirma en 1620 el historiador Francisco Caro de Torres, que señala que cerca de Nombre de Dios “estaba un pueblo de negros de los que se redujeron de los cimarrones que ahora viven en policía y tenían gobernador español y doctrina, y se llama Santiago del Príncipe” (71v-72r). En efecto, estos negros reducidos a “policía” habitaban dos pueblos, uno cercano a Panamá y al Mar del Sur u Océano Pacífico y un segundo—Santiago del Príncipe—cercano a Nombre de Dios y al Mar del Norte o Caribe. Este segundo poblado, fundado en 1579 (Martínez Montiel 189), poseía gran importancia estratégica debido a su proximidad a Nombre de Dios, que era el puerto caribeño de donde partía anualmente la flota de Tierra Firme.

Este gran convoy, también llamado simplemente “los Galeones” porque barcos de este tipo acompañaban a otros navíos mercantes, salía todos los años de España entre marzo y mayo, y llegaba a Cartagena de Indias alrede-

3. El término “cimarrón” comenzó designando lo “silvestre, indómito, montaraz”, pues “Llámanse por común nombre estos toros y vacas cimarrones, y aun es nombre común en las Indias de todos los animales silvestres” (*Diccionario de Autoridades* I: 350). En América se aplicó a los esclavos indios huidos y, posteriormente, a los negros fugitivos (Price 12). Jane Landers estudia la evolución del término y de las comunidades de cimarrones (también llamadas “palenques”, “quilombos”, “mocambos” y “cumbes”) y examina los restos arqueológicos de algunas de estas comunidades en las riberas caribeñas.

dor de junio. Cuando se acababan las transacciones comerciales en Cartagena, proceso que normalmente duraba dos meses, los galeones se dirigían al Istmo de Panamá (a Nombre de Dios antes de 1597, a Portobelo después). Allí se encontraban con los mercaderes de Lima y recogían la abundante plata que llegaba del virreinato de Nueva Castilla, el Perú. Desde el istmo, los galeones volvían a Cartagena, donde invernan antes de salir para España el verano siguiente, ya solos, ya acompañados por la flota de Nueva España. Normalmente, los galeones llegaban a España a comienzos de noviembre (Philips 11–14). Como punto central de estas rutas transatlánticas entre la península y las colonias, Nombre de Dios era esencial para la corona española, lo que otorgaba a los negros cimarrones de Santiago del Príncipe una importancia que supieron apreciar los enemigos de Felipe II. Como ya notó en 1549 el virrey Antonio de Mendoza en su trayecto a Lima, los cimarrones rebeldes amenazaban el camino real de Nombre de Dios a Panamá (Díez Castillo, *Los cimarrones y la esclavitud* 16; *Los cimarrones y los negros* 4), imprescindible para las transacciones monetarias del Imperio.⁴

Buen conocedor de la zona del istmo, Drake aprovechó las disensiones internas de los súbditos de Felipe II en la zona durante su famoso viaje de 1572 (Dalton 188; Morgan 3–43). Según escribió Juan de Castellanos a finales del siglo XVI,⁵ Drake hizo amistad mediante “sagacidades” “con negros fugitivos y alterados” de las regiones de Nombre de Dios y Panamá (Castellanos 4). Las fuentes inglesas cuentan la historia desde una perspectiva más favorable a sus aliados negros, que definen como “*Symerons*, a black people who about eighty years past fled from the cruelty of their Masters the *Spaniards*, and grew since into a Nation under two Kings of their own, one inhabiting Westward, and the other East in the way from Nombre de Dios to Panama” (R. B. 6, emphasis in original).⁶ Drake percibió la oportunidad que

4. De hecho, pocos años después del viaje de Mendoza, en 1553, unos ochocientos cimarrones, apoyados por indígenas, atacaron las rutas comerciales entre Nombre de Dios y Panamá (Saco 4: 30).

5. Castellanos trata los viajes de Drake en la tercera parte de su obra magna, las *Elegías de varones ilustres de Indias*, publicada entre 1589 y 1601. Sin embargo, un censor de la época, el famoso marino Pedro Sarmiento de Gamboa decidió eliminar de la impresión definitiva de las *Elegías* esas comprometidas referencias a la reciente historia americana (Alvar xxi). Por ello, las referencias a Drake y a los cimarrones no salieron a la luz durante el Siglo de Oro, sino que fueron publicadas por primera vez en la edición de la Biblioteca de Autores Españoles en 1847, en base a un manuscrito inédito.

6. Desconocemos el nombre completo del belicoso autor de *The English Hero*, del que sólo nos han llegado sus iniciales: R. B.

ofrecían estos cimarrones tan estratégicamente situados, y decidió aliarse con ellos prometiendo a unos negros que capturó en las playas de Panamá luchar contra sus antiguos amos españoles: “Captain *Drake* resolving not to hurt these *Negros*, set them ashore on the Main Land, that if they would they might join themselves to the *Symerons* their Countrymen, and thereby gain their liberty” (R. B. 6).

Cumpliendo su promesa, los cimarrones le indicaron al inglés por dónde transcurría la recua de mulas que transportaba la plata peruana desde el Pacífico a Nombre de Dios. Además, también le ayudaron a tenderle una exitosa emboscada a los escasos y desprevenidos españoles que guardaban la recua:

Cerca del cual, con negros que los guían
 por tierra de montañas y aspereza,
 saltaron las recuas, que venían
 de Panamá, cargadas de riqueza,
 quitándoles aquello que traían,
 que fue caudal de próspera grandeza,
 y volvieron por vías ya sabidas
 do dejaron las lanchas escondidas. (Castellanos 4)

Según Luis A. Díez Castillo, fue precisamente un caudillo cimarrón llamado Diego el que ideó el plan y le proporcionó a Drake la logística necesaria para el ataque (*Los cimarrones y los negros* 32). Este inesperado golpe de mano fue uno de los más audaces y exitosos de Drake, y despertó un interés y preocupación proporcionales en el mundo hispánico. Por ello, Lope incluye la famosa hazaña en *La Dragontea* cuando, en boca de la Codicia, narra las gestas de Drake en las guerras contra Felipe II:

Viendo los negros de las dos ciudades
 —Nombre de Dios y Panamá—atrevidos,
 del monte a las confusas soledades
 huidos, rebelados, y escondidos,
 fiado en su ignorancia y libertades
 de esclavos, a sus dueños forajidos,
 llamados en las Indias ‘cimarrones’,
 bárbaros en las obras y razones,
 osaste ver de Sardinilla el río,

y pisando su arena hablar con ellos.

[. . .]

Y como al puerto, de traición remota,

iba la recua y gente con la plata,

donde esperaba la española flota,

rompe, derriba, corta y desbarata.

Ni el nombre de Filipo le alborota,

ni del respeto de las armas trata:

desquicia, saca, carga, roba, corre,

y huyendo llega al mar que le socorre. (385–408)

Las octavas citadas describen el ataque con una rápida sucesión de verbos que evoca eficazmente la agresividad frenética de Drake asaltando la recua y apropiándose de la plata del rey “Filipo” en un asalto por sorpresa. Como indica el narrador del pasaje, “Codicia”, para Lope el inglés y sus aliados actúan movidos únicamente por la avaricia. De este modo, el Fénix invierte una larga tradición de críticas a las empresas españolas en el Nuevo Mundo: mientras que moralistas como Bartolomé de las Casas (69) y escritores como Alonso de Ercilla (1: 146) afeaban la codicia de los conquistadores y colonos españoles, Lope devuelve la misma acusación a los enemigos de la monarquía hispánica durante los ataques de Drake al istmo, ingleses y cimarrones. Se trata de una de las muchas sutilezas retóricas e ideológicas de *La Dragontea*, algunas de las cuales tendremos ocasión de examinar más adelante.

Lo que nos interesa en este momento es el importante papel que en la hazaña de 1572 desempeñaron los cimarrones rebeldes de Panamá, que ayudaron decisivamente a Drake y que, por tanto, reciben toda la hostilidad retórica de Lope, que los trata de bárbaros y traidores en las octavas que acabamos de citar. Desde este ataque a la recua de mulas, los cimarrones se constituyeron en una pesadilla para la Corona y para los habitantes de las colonias americanas, que vieron en la alianza de 1572 entre los africanos y los ingleses la confirmación de todos sus miedos y ansiedades coloniales (Díez Castillo, *Los cimarrones y la esclavitud* 27–29, 37; Navarrete 43; Rodríguez 144; Wright, *Pilgrimage* 25).⁷ La referencia a esta terrible entente “captured the

7. Durante muchos años los españoles temieron que el movimiento cimarrón de Panamá se uniera al de Cartagena y que ambos prestaran ayuda a los piratas que infestaban el Caribe (Navarrete 57). Por ello, el gobernador de Cartagena pidió en 1598 permiso para reclutar cuadrilleros para perseguirlos (Escalante 113).

widespread fears of the Spanish empire's disintegration" (Wright, *Pilgrimage* 50), pues la "república de españoles" de Panamá y de las Indias era tan escasa en número que no podría resistir una gran rebelión de la "república de los negros" apoyada por las armas de Isabel I de Inglaterra (Díez Castillo, *Los cimarrones y la esclavitud* 21; *Los cimarrones y los negros* 9).

Drake intentó concretar esta amenaza y repetir su éxito de 1572 en su último viaje de 1595–1596, que tenía por objetivo principal asaltar Panamá y obtener para los ingleses una base permanente de operaciones en el istmo. Así lo confirman algunas fuentes manuscritas que conserva el Archivo General de Indias (Santo Domingo 180) e incluso algunos historiadores de la época como Juan de Mariana (38) y Caro de Torres (54r-54v), que relatan el ambicioso proyecto de Drake e Isabel I de Inglaterra. Retomar la alianza con los cimarrones, muchos de ellos expertos guerreros con experiencia en los ejércitos africanos (Navarrete 23), era imprescindible para alcanzar estas metas. Así lo relató Lope en *La Dragontea*, donde el codicioso "Draque"⁸ planea conseguir la ayuda de sus "amigos encubiertos", como los denomina en la obra (780). Sin embargo, cuando el Drake histórico llegó a Nombre de Dios en enero de 1596 la situación de los cimarrones había cambiado con respecto a su anterior visita de 1572. Como indica Caro de Torres, para la fecha del último viaje del inglés a Panamá los cimarrones se habían reconciliado con la Corona, vivían "en policía y tenían gobernador español y doctrina" (72r) ya desde 1574, gracias a la intercesión del obispo de Panamá fray Manuel de Mercado Alderete (Rodríguez 148–49; Rojas y Arrieta 21). Por ello, cuando en enero de 1596 Drake se acercó con sus hombres, los negros habitantes de Santiago del Príncipe salieron "y le mataron con más de treinta y siete de los suyos. [. . .] Y en esta ocasión así los horros como los esclavos sirvieron con lealtad y mostrando coraje contra los enemigos, por ser herejes y ellos aficionados a la ley evangélica más que los indios, y ser para más trabajo" (72r). Es decir, tanto los negros libres ("horros") como los esclavos atacaron con éxito a los ingleses, infligiéndoles numerosas bajas y hostigándoles mientras intentaban obtener agua potable. En venganza, Drake formó una gran compañía de ingleses e hizo quemar Santiago del Príncipe: "a Town inhabited by *Negroes* was burnt, who gave them a Volley of shot, and so ran away leaving the Town afire" (R. B. 205). El que fue Cronista Mayor de Indias durante la publicación de *La Dragontea*, Antonio de Herrera, resume eficazmente la jornada:

8. Denominaremos así al personaje central de *La Dragontea* para distinguirlo del Drake histórico.

y los negros cimarrones del lugar de Santiago del Príncipe acudieron bien contra los enemigos y mataron muchos de ellos peleando detrás de árboles y matas como pláticos del monte, contra la esperanza que Francisco Draque llevaba de que había de hallar mucha ayuda en ellos, por lo cual se hubieron de retirar los ingleses a la ciudad, porque era grande el daño que recibían de los negros sin poderlos alcanzar. (597)

El fracaso de la última expedición de Drake se debió en gran parte a estos infructuosos enfrentamientos del corsario con los cimarrones, sus antiguos aliados, que desgastaron y desmoralizaron inútilmente las tropas inglesas en lugar de unirse a ellas. Percibiendo esta importancia, Lope le concedió al episodio de los cimarrones un lugar destacado en *La Dragontea*, incluyendo a los negros panameños en el entramado ideológico del poema.

El pasaje sobre los cimarrones comienza cuando los ingleses de Draque intentan conseguir agua potable en los alrededores de Nombre de Dios, lugar que han ocupado con facilidad. Para introducir el episodio, Lope recuerda primeramente quiénes son los cimarrones con una referencia interna al discurso de la Codicia, situado en el canto I de la obra, que citamos anteriormente:

Es Santiago del Príncipe de aquellos
 etíopes llamados cimarrones,
 que en el primero canto dije de ellos
 su origen, libertad y condiciones. (3289–92)

A continuación, el Fénix resume la esencia del suceso—los cimarrones hostigan mortalmente a los hombres de Draque desde los bosques—y presenta brillantemente al que será el personaje central del mismo, el fuerte negro Yalonga:

Éstos, que hasta cuarenta son, y entre ellos
 Yalonga, un negro, en obras y razones
 como si natural fuera de Europa,
 daban asaltos a la inglesa tropa. (3293–96)

Pese a su escaso número, los negros actúan de manera eficaz gracias al liderazgo de Yalonga, que se comporta en todo momento “como si fuera natural de Europa”, según la elogiosa y contradictoria expresión del Fénix. Estos

furiosos “asaltos”, y las deliberaciones de los negros en torno a la conveniencia de los mismos, ocupan el resto de la digresión, aunque antes de engolfarse en ella Lope recuerda la nueva situación de los cimarrones en 1596:

Cuando se rebelaron eligieron
rey que a la guerra y paz su ingenio aplique,
y por esta razón obedecieron
al famoso don Luis de Mazambique. (3297–300)

También para sus guerras y ocasiones
un maestre de campo señalaron.
Su nombre era don Pedro, y sus blasones
los que muchas hazañas confirmaron.
A los demás valientes cimarrones
con oficios repúblicos honraron. (3313–18)

Los negros mantienen al “rey” que eligieron durante su rebelión anterior (R. B. 6), pero en 1596 también obedecen a un oficial nombrado por Felipe II (el maestre de campo don Pedro) y a una serie de compatriotas africanos que desempeñan diversos cargos en Santiago del Príncipe. Es decir, técnicamente los negros de Santiago del Príncipe que describe Lope en *La Dragontea* ya no son cimarrones, pues son súbditos leales a la Corona y como tales se enfrentan fielmente a los invasores ingleses.

Concretamente, los “cimarrones”, liderados siempre por Yalonga, se ocultan en el bosque que tan bien conocen y disparan desde allí a los ingleses, con resultados mortíferos. Por ello Lope los compara a expertos soldados turcos, conocidos por su pericia en el manejo de las armas de fuego, con la frase “turco azapo”:

Si el monte lleva siempre el fruto acervo,
aquí por cierto ejemplo se mostraba,
que, en descubriendo manga, pluma o trapo
no acertara mejor un turco azapo. (3341–44)

Los “azapos” o “azapes” eran los arcabuceros de élite del Gran Turco, famosos por su experto uso de las armas de fuego (Vosters 130). Aplicado a un negro panameño como Yalonga, este apelativo de *La Dragontea* confirma plenamente las tesis de Fuchs sobre la ideología del Siglo de Oro. Los autores

españoles construyeron el imaginario de la Conquista recurriendo a referencias mediterráneas que evocaban la Reconquista peninsular (Fuchs, *Mimesis* 145),⁹ situando así las empresas coloniales españolas como una continuación de la guerra secular en que España defendía la verdadera fe. Según esta construcción simbólica tan propia de la épica del momento (Davis 10–11),¹⁰ la España del siglo XVI sostiene al catolicismo frente a protestantes y turcos en el Nuevo Mundo y en el Mediterráneo, como antes lo hiciera frente a los moros de Al-Ándalus, en la propia Península Ibérica. Dentro de esta concepción alegórica de la historia contemporánea, resulta contradictorio que Lope asimile a los cimarrones, aliados de los españoles, con los turcos, sus enemigos. Un súbdito de Felipe II “reducido a policía”, con “doctrina” y aficionado “a la ley evangélica” (Caro de Torres 71v-72r) no puede compararse con un “turco azapo” en el contexto de la guerra de religión que pinta Lope. Estamos ante una más de las contradicciones que señala Fuchs en la construcción retórica de *La Dragontea*, pero al mismo tiempo nos hallamos ante una sutileza poética del autor. El Fénix incorpora la digresión de los cimarrones para mostrar la solidez del Imperio español, al que apoyan todos sus súbditos, incluso los esclavos de color que habitan las más remotas provincias americanas. Con ello Lope parece admitir que, como los otomanos, los españoles áureos incorporaron varias razas en sus ejércitos.¹¹ Sin embargo, la alusión al “turco azapo” elimina cualquier posible reticencia que pudieran albergar los lectores más tradicionales al encontrarse semejante afirmación. *La Dragontea* sostiene que Yalonga y sus cimarrones son súbditos del Rey Católico y luchan por él, pero el apelativo “turco azapo” automáticamente sitúa a los cimarrones a los márgenes del grueso de españoles. Los cimarrones

9. Es por ello que Fuchs afirma que “the complexities of race in the New World cannot be adequately understood without a concomitant understanding of metropolitan, European racism” (“A Mirror” 9). En el caso que nos ocupa, Lope recurre a conceptos propios del enfrentamiento mediterráneo entre los Habsburgo y la Sublime Puerta para representar al súbdito negro de Felipe II en Panamá.

10. Davis pone de relieve cómo los escritores áureos usaron “the epic genre as a vehicle for the construction of an imagined ethnic and political identity for Spain, metonymically represented by the ascendant Castilian monarchy and its elites” (11), como hace Lope en *La Dragontea*. Sin embargo, como revela el episodio de los cimarrones, estas construcciones retóricas e ideológicas de las epopeyas de la época presentaban “loci of intense conflict and a certain dualism in the epic” (Davis 12).

11. Para una descripción reciente sobre el funcionamiento de las sociedades heterogéneas del Magreb y el Imperio Otomano, que acogían comúnmente renegados de todas las procedencias, consúltese a Ramiro Feijoo o a María Antonia Garcés (123, 148).

son, a un tiempo, españoles—por su lealtad—y enemigos turcos, contradicción que les describe como fieles servidores de un imperio que no acaba de aceptarles.

En suma, la digresión sobre los negros de Santiago del Príncipe pone de relieve tanto la elaborada estructura de la alegoría ideológica de *La Dragontea* como sus más sangrantes carencias, y las dificultades que entrañaba construir la identidad cultural e imperial de la España áurea (Davis 10; Fuchs, *Passing* 1). Estudiando el entramado simbólico de la época, Fuchs revela los problemas que los ideólogos españoles tenían para hacer verosímil el mito nacional de que España era un país racial y culturalmente homogéneo, pues las raíces hebreas y musulmanas de la cultura hispánica se hacían demasiado evidentes pese a los repetidos esfuerzos por resaltar el “goticismo” español (*Passing* 1–2).¹² Como las otras epopeyas que analiza Davis, *La Dragontea* muestra que estas dificultades se multiplicaron con la aparición de súbditos ultramarinos (africanos subsaharianos y americanos) que se sumaron al mosaico racial que componía el Imperio. Ante evidencias como las que presentaban los cimarrones de Santiago del Príncipe, los autores áureos se tenían que esforzar por incluir coherentemente a estos grupos en la monolítica concepción “goticista” de la Monarquía Hispánica.¹³ La solución que encontró Lope de Vega al referirse al “turco azapo” en *La Dragontea* fue una de las más inteligentes, pues esta analogía mediterránea definía a los cimarrones como súbditos, aunque conflictivos y marginales, del Imperio.

Además de para resaltar estas dificultades ideológicas, la digresión de los cimarrones sirve para que el autor refuerce dos de los temas más presentes en la epopeya: la relación entre poesía e historia y los problemas del sistema de mecenazgo. Tras subrayar la pericia de los cimarrones en el uso de las armas de fuego con la mención del “azapo”, Lope resalta el desconcierto que estos francotiradores provocan entre los hombres de Draque:

Finalmente, con flechas y arcabuces,
por el monte escondidos los tiraban,
de donde vían solo el humo y luces
y el son mucho después que disparaban. (3345–48)

12. También críticos como Fernando Rodríguez de la Flor han señalado este afán de reescritura del pasado nacional para privarlo de signos indicativos de la presencia semita (123–30).

13. *La Dragontea* acepta, como otras obras de la época, esta ideología goticista. Por citar tan sólo un ejemplo, Lope denomina a su héroe, Suárez de Amaya, “caudillo godo” (4283).

Ante este inesperado contratiempo, Draque les envía a los cimarrones una embajada proponiéndoles renovar la antigua alianza y enfrentarse conjuntamente a los españoles (3361–440), pues según el embajador inglés los hispanos o maltratan a los negros “con tan bárbaro trato y presupuesto” (3406) o ni siquiera saben que existen (3409–12). Sin embargo, los leales cimarrones rechazan las proposiciones de Draque y expulsan a los embajadores, preparándose para la guerra. Para escarmentarles, Draque les envía una compañía “con arcabuces, picas y mosquetes” (3523) comandada por su propio sobrino, el joven y galante Rodulfo Draque.

Era del Draque, general, sobrino,
de él en extremo por su talle amado,
y porque fue por otras partes dino
el mozo ilustre, en guerra y paz honrado. (3537–40)

Sin embargo, cuando el bravo mozo y sus hombres se aproximan al pueblo cimarrón, el hábil Yalonga le dispara desde la espesura y lo elimina como un cazador al conejo que persigue (3617–32). Draque recibe las tristes nuevas con impotencia y entierra a su sobrino con honores militares, “las banderas y picas arrastrando” (3662). Luego, tras recibir en sueños la visita del fantasma de Rodulfo clamando venganza (3989–4016), ataca y pega fuego a Santiago del Príncipe. En suma, según *La Dragontea* Draque empleó un tiempo y recursos preciosos en una contienda tan poco favorable a sus armas. Gracias a estas distracciones y reveses el corsario fue finalmente derrotado por los españoles de Suárez de Amaya y fue obligado a retirarse ignominiosamente, muriendo de disentería en el intento.

Como indicamos anteriormente, los pocos críticos que se han ocupado de *La Dragontea* no han analizado en absoluto el apasionante episodio de los cimarrones, o se han limitado—como Fuchs (*Mimesis*) y Wright (“Epic”; *Pilgrimage*)—a mencionarlo de pasada. Este olvido se ha extendido a la base histórica de la obra, pues los críticos afirman o sugieren que Lope basó la digresión en unos hechos históricos—los cimarrones hostigaron a las tropas de Drake—que luego adornó copiosamente con material fantástico sacado de su propio estro. Así, entre los estudiosos que tratan explícitamente el episodio, Vittorio Borghini aprecia el valor estilístico de la digresión, especialmente en la descripción del rey negro don Luis de Mazambique, aunque supone que el episodio es esencialmente una invención del Fénix (343–44). Por su parte, A. K. Jameson no menciona a los cimarrones en su estudio

sobre las fuentes históricas de *La Dragontea*, aunque sí que proporciona una lista de fuentes que, examinadas en detalle, confirman la opinión de Borghini (106–07). Si siguiéramos a Jameson y a sus fuentes como hizo Borghini y toda la crítica posterior, deberíamos concluir que el episodio tendría una ligera base histórica, pero que los abundantes detalles del mismo—Yalonga, la embajada a los negros, Luis de Mazambique, la muerte del oficial inglés—procederían de la fértil imaginación del poeta. Según los críticos, estos personajes y sus hechos resultan tan pintorescos que parecerían invención de Lope, hipótesis que confirmaría el hecho de que Yalonga, el héroe central de la digresión, no aparezca mencionado en ninguna relación impresa de la época.

Sin embargo, nuestras investigaciones en el Archivo General de Indias demuestran que la lista de Jameson es incompleta, pues ninguna de las fuentes que presenta el crítico inglés menciona el nombre de Yalonga. Contra todo pronóstico, Yalonga es un personaje histórico que aparece documentado en algunos manuscritos inéditos que conserva el Archivo General de Indias. Así lo confirma una Real Cédula del 6 de agosto de 1597 dirigida a don Alonso de Sotomayor, ya presidente de la Real Audiencia de Panamá, en la que se declara la liberación de Pedro Yalonga, esclavo:

Por parte de Pedro Yalonga, esclavo de la ciudad de Nombre de Dios, se me ha hecho relación que el año pasado de mil y quinientos y noventa y seis, cuando la armada inglesa del cargo de Francisco Draque fue a ella, se señaló y sirvió en aquella ocasión mucho, y mató un inglés que se dijo era sargento mayor de la dicha armada, y estorbó que no tomasen agua del Río del Factor y del Chorrillo, haciendo para este efecto emboscadas en el monte y otras diligencias importantes, como me ha constado por ciertas relaciones que se han presentado en mi Consejo de las Indias, suplicándome que en consideración de lo sobredicho y para que otros de su nación se animasen a servir en lo que se ofresciese, mandase dar orden para que la dicha ciudad le diese libertad, y que si por razón de haberse ausentado de ella le hubiese vendido, se pagase de mi hacienda su rescate, y porque es justo que así se haga y que sea honrado y favorecido en lo que se permitiere, escribo al cabildo de la dicha ciudad la carta mía que irá con esta. (Panamá 237, legajo 13, fols. 2r-2v)

El contenido de la Real Cédula corresponde a grandes rasgos con el relato de *La Dragontea* que Cummings y Fuchs encontraron tan improbable e incluso

aporta algunos detalles de importancia que también incluye la epopeya de Lope. El protagonista se llamaba, en efecto, Yalonga, vivía en los alrededores de Nombre de Dios (Santiago del Príncipe se hallaba en las inmediaciones de esa ciudad), se enfrentó valerosamente a los hombres de Drake cuando éstos buscaban obtener agua del río del Factor,¹⁴ y mató al sargento mayor de los ingleses, que Lope identifica con Rodulfo Draque, sobrino del general. Resulta extraordinario recuperar la historia personal de Pedro Yalonga gracias a *La Dragontea* y al documento del Archivo General de Indias, pues normalmente los esclavos negros, presumiblemente analfabetos, sólo dejan simples menciones en los documentos de la época, que generalmente ni siquiera especifican sus nombres de pila.¹⁵ En el caso de Yalonga tenemos su nombre, apellido, hazañas y recompensa, datos que además nos permiten llegar a algunas conclusiones de importancia sobre *La Dragontea*. Al escribir su obra, Lope no se limitó a consultar las diversas fuentes manuscritas que circulaban en la época, sino que también debió de tener acceso a manuscritos del Consejo de Indias, como las “ciertas relaciones que se han presentado en mi Consejo de las Indias” que cita la carta de Felipe III a Sotomayor arriba citada, según ya había intuido Wright (“Epic” 38). Ya que Lope no inventó el nombre y hazañas de Yalonga, y ya que éstos sólo aparecen en documentos confidenciales del Consejo de Indias, como la carta citada, el autor madrileño debió de tener acceso a esos documentos. En ese sentido, la digresión sobre los cimarrones de Santiago del Príncipe revela la naturaleza privilegiada e histórica de las fuentes de Lope, y el cuidado que el poeta puso en informarse para escribir su obra.

Además de la relación entre poesía e historia, el episodio de los cimarrones nos permite examinar uno de los temas que más preocupó a Lope a lo largo de su carrera, y uno de los más prominentes en *La Dragontea*: la relación entre nacimiento y virtud, y entre virtud y recompensa. Ello se debe al hecho de que el Fénix adereza el relato de hechos de los cimarrones con reflexiones morales de corte bastante igualitario. Así, Lope contrapone las hazañas de los

14. Lope incluye el nombre de este pequeño río panameño en la tabla glosario que abre la obra: “está un cuarto de legua de la dicha ciudad de Nombre de Dios, y desagua en su puerto”.

15. Cabe señalar algunas excepciones notables: el cimarrón que lideró la revuelta de los pescadores de perlas del golfo de Panamá en 1549 se llamaba Felipillo (Guillott 139), el capturado por el gobernador de Panamá en 1555, Ballano (Aguado 2: 167; Bowser 173), el que se alió con Drake, Pedro (Rodríguez 143), y el que firmó las capitulaciones de 1581 con la Corona, Antón o Antonio Mandinga (Guillott 191; Rojas y Arrieta 23).

habitantes de Santiago del Príncipe con la traición del mulato Andrés Amador, que se unió a los ingleses a comienzos de su expedición y que les sirvió como guía en las tierras de Panamá:¹⁶

Un mulato—perdónenme, si quieren,
 algunos que hay de su color honrados,
 que, en fin, los que lo son, como lo adquieren,
 por su virtud merecen ser loados,
 que los que salen tales no difieren
 de hidalgos bien nacidos y enseñados
 más que en haberles dado el sol más fuerte
 en el común camino de la muerte—[. . .] (2433–40)

Al mencionar que el autor de la traición fue un mulato, el narrador intercala esta reflexión filosófica sobre la relación entre nacimiento, raza y méritos. Pese a que este mulato concreto fue traidor, el narrador les pide disculpas a los de su raza por mencionar este caso particular e indica que también hay mulatos “honrados”. Además, Lope señala que el color de la piel es una característica externa que se hereda y sobre la que el individuo no tiene ningún control. Por tanto, los mulatos o negros que se distinguen por su virtud no son diferentes de los hidalgos bien nacidos, pues el color de la piel no condiciona la personalidad del individuo. Lope remata la octava con una alegoría que refuerza el sentido moralizante de la reflexión al aludir al tópico cristiano de la *peregrinatio vitae*: los negros lo son porque han recibido más sol en el camino de la vida hacia la muerte que recorren igualmente todos los mortales. Estas reflexiones igualitarias contrastan con la alusión al “turco azapo” y con el tratamiento levemente cómico que Lope reserva para don Luis de Mazambique y otros personajes principales de Santiago del Príncipe (3303, 3306, 3339, 3359), pero aparecen reiteradamente al narrar las acciones de los valerosos negros. Así, al hablar del maestre de campo que la Audiencia de Panamá nombró para regir Santiago del Príncipe, el Fénix nos propor-

16. Andrés Amador también es un personaje histórico cuya existencia confirma Caro de Torres: “Encargóse de guiarlos un mulato soldado que pasó a su servicio, ofreciéndose de guiar la gente, el cual le dio relación de la venida de don Alonso de Sotomayor, con quien había venido de Panamá” (65v-66r). Aunque Caro de Torres no proporciona el nombre del traidor, el dato aparece en otro documento manuscrito que hemos descubierto en el Archivo General de Indias, una carta de Miguel Ruiz Delduayen al Rey del 22 de enero de 1596 (Panamá 44). Por su parte, Herrera sólo aporta el nombre de pila de Amador (597).

ciona el nombre, pero no el apellido del soldado, indicando que su gloria se hallaba más en sus “hazañas” que en su nobleza (“blasones”):

Su nombre era don Pedro, y sus blasones
los que muchas hazañas confirmaron. (3315–16)

Según sugieren estos versos, don Pedro no es noble—al menos, que el narrador sepa—, y por tanto no posee escudos de armas (“blasones”). Sin embargo, en contraste con muchos hidalgos españoles, don Pedro tiene hazañas que le califican de buen guerrero mucho mejor que esos blasones nobiliarios. A continuación, Lope yuxtapone a este soldado blanco con los negros principales que recibieron cargos reales tras volver a la obediencia de Felipe II:

A los demás valientes cimarrones
con oficios repúblicos honraron;
y así, desde que al rey obedecieron,
como monteros de Espinosa fueron. (3317–20)

Nos encontramos ante un nuevo comentario a favor de la virtud adquirida frente a la nobleza heredada. Los negros cimarrones se comportan valerosamente al servir a su rey y por tanto poseen tanto valor y fidelidad como los nobles monteros de Espinosa, un leal cuerpo de guardia reformado bajo los Reyes Católicos que se ocupaba de velar por la seguridad de los monarcas españoles. La virtud y el valor permiten obtener nobleza, al menos nobleza de carácter, posesión que resulta más admirable que la nobleza de sangre cuando ésta no viene acompañada de hazañas gloriosas.

En suma, en éstos y otras muchos comentarios semejantes, Lope utiliza a los cimarrones para sustentar uno de los temas centrales de la obra: la necesidad que tiene el Rey de recompensar adecuadamente los servicios de los súbditos fieles y valerosos, tema que tan detalladamente ha estudiado Wright sin centrarse en la digresión de los cimarrones (*Pilgrimage* 50). Como escribe el Fénix en la dedicatoria “Al Príncipe Nuestro Señor”, en *La Dragonteá* el futuro Felipe III verá “lo que debe a quien le ofrece su vida.” Al igual que Pedro Yalonga—que recibió su manumisión—, Suárez de Amaya, el protagonista de la obra, merece que el monarca reconozca y agradezca sus servicios contra Drake concediéndole mercedes dignas de su sacrificio. Del mismo modo Lope, que ha escrito la epopeya, también debería recibir una recompensa proporcional a su trabajo, como sugiere en tres octavas del canto

IV de *La Dragontea*. El poeta abre estas estrofas lamentando “cuántos hechos, cuántos nombres, / cuántos sucesos y victorias grandes, / cuántos ilustres y temidos hombres” (2049–51) hay en España que han realizado hazañas de importancia (“altas obras”) pero que no han sido celebrados en los “archivos inmortales” (2055) de la fama y la historia. El Fénix se apresura a indicar que esta carencia no se debe achacar a los componentes de su gremio, los poetas españoles:

No es falta de escritores, patria mía,
 que el Tajo, el Betis claro en sus arenas,
 el Pisuerga, el Genil y el Turia cría
 cisnes que mueren por faltar Mecenas.
 Con esto se adormecen cada día
 en la contemplación de las Sirenas. (2057–62)

La culpa no es de los poetas, pues en España los hay buenos y abundantes. Más bien, la falta de patronazgo, de “Mecenas”, es el motivo por el que no existen en España suficientes obras históricas cantando las hazañas de los héroes patrios. Ante esa falta de mecenazgo, Lope presenta un panorama desolador de poetas (“cisnes”)¹⁷ dedicados a empresas bajas indignas de su talento, como la poesía amorosa que sugiere la frase “contemplación de las Sirenas”.¹⁸ Se trata de una sugerente imagen que le recuerda al futuro monarca la situación del propio autor en 1597, cuando se hallaba escribiendo *La Dragontea*: Lope era un autor conocido fundamentalmente por la “contemplación de las Sirenas” en sus romances y escándalos amorosos (Tomillo y Pérez Pastor), pero que en 1598 quería cambiar de imagen y obtener el patronazgo real (Wright, “Epic” 38). Por ello, en las octavas que nos ocupan el Fénix continúa precisamente enfatizando el valor de la historia y de la poesía:

No se burlen las ínclitas espadas
 de las humildes plumas de estos Numas,
 que las que tiene agora el mundo honradas
 Dios sabe que lo deben a las plumas. (2065–68)

17. Recuérdese que Luis Alfonso de Carballo utilizó la metáfora del cisne para representar la poesía en su libro *Cisne de Apolo*, publicado tan sólo cuatro años después de *La Dragontea*.

18. Por su poder seductivo, las sirenas servían como imagen del amor y, a menudo, de la meretriz (Malaxecheverría Rodríguez 49–74), como afirma san Isidoro (2: XI, 3, 31).

La fama de los militares españoles, como los héroes patrios que derrotaron a Drake, se propaga gracias a las “humildes plumas” de los escritores, por lo que éstos merecen respeto y consideración. La patria necesita estos literatos porque les dan a los héroes acceso a la fama, fomentando así en ellos el afán emulador de realizar nuevas gestas.

De este modo, el análisis de la digresión sobre los negros cimarrones revela, en primer lugar, la presencia de algunas contradicciones en la construcción ideológica de la obra, que emplea términos forjados en el teatro mediterráneo para describir la realidad de las Indias. Estas complejidades o problemas retóricos nos permiten relacionar *La Dragontea* con las obras estudiadas por Davis y Fuchs (*Mimesis*) en el contexto de la creación de los mitos nacionales españoles durante el Siglo de Oro. En segundo lugar, nuestra investigación sobre las fuentes de la digresión revela la existencia de un personaje histórico apasionante, Pedro de Yalonga. Este heroico cimarrón, que antes se pensaba invención de Lope, debería fomentar la investigación acerca de los cimarrones de Santiago del Príncipe utilizando documentos del Archivo General de Indias. Los ricos fondos del Archivo deben de esconder otros papeles que revelen la contribución de los súbditos de origen africano, como los cimarrones panameños reducidos a “policía”, a la defensa de las posesiones americanas de la monarquía hispánica. En tercer lugar, la propia aparición de Yalonga confirma las protestas del prologuista de *La Dragontea*, don Francisco de Borja, de que la epopeya pertenece también al género histórico de la relación. Borja sostiene que *La Dragontea* es una “relación de la jornada que Francisco Draque hizo con la armada inglesa a la ciudad del Nombre de Dios” que fue escrita utilizando fuentes documentales como “la relación que la Real Audiencia de Panamá hizo y autorizó con fidedignos testigos” (72). El manuscrito sobre la manumisión de Pedro de Yalonga que hemos localizado en el Archivo de Indias verifica estas afirmaciones, sugiriendo que Lope basó incluso los detalles de su epopeya en documentos históricos que le proporcionaron información sobre personajes como el valeroso negro panameño. Este descubrimiento revela que el Fénix se documentó cuidadosamente a la hora de escribir la obra, mezclando historia y poesía: Lope consultó papeles privilegiados que guardaba el Consejo de Indias y que hasta ahora desconocían los estudiosos que han enumerado las posibles fuentes de *La Dragontea*. En cuarto lugar, gracias a la digresión comprobamos que el Fénix utilizó a los cimarrones para reforzar sus reflexiones acerca de la nobleza de obras y la necesidad de mecenazgo para recompensarla. La historia de unos esclavos y ex-esclavos negros que contribuyeron

valerosamente a derrotar a Drake sirve para que el poeta le recuerde al futuro monarca cuánto le debe a sus súbditos. Concretamente, el autor le indica al príncipe Felipe cuánto le debe la patria a letrados como el propio Lope. Con obras como *La Dragontea*, estos escritores despiertan entre los españoles el deseo de realizar nuevas hazañas para entrar, como los cimarrones de Santiago del Príncipe, en los anales de la fama.

Obras citadas

- Aguado, fray Pedro de. *Historia de Venezuela*. 2 vols. Madrid: Maestre, 1950.
- Alvar, Manuel. *Juan de Castellanos: tradición española y realidad americana*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1972.
- Archivo General de Indias:
Panamá 44.
Panamá 237, legajo 13, fols. 2r–2v.
Santo Domingo 180.
- Borghini, Vittorio. *Poesia e letteratura nei poemi di Lope de Vega*. Génova: Scia, 1949.
- Bowser, Frederick P. *The African Slave in Colonial Peru, 1524–1650*. Stanford: Stanford UP, 1974.
- Carballo, Luis Alfonso de. *Cisne de Apolo*. 1602. Ed. Alberto Porqueras Mayo. 2 vols. Madrid: CSIC, 1958.
- Caro de Torres, Francisco. *Relación de los servicios que hizo a su majestad del rey don Felipe Segundo y Tercero don Alonso de Sotomayor, del hábito de Santiago y comendador de Villamayor, del Consejo de Guerra de Castilla, en los estados de Flandes y en las provincias de Chile y Tierra Firme, donde fue general*. Madrid: Viuda de Cosme Delgado, 1620.
- Castellanos, Juan de. *Discurso del capitán Francisco Draque*. Ed. Ángel González Palencia. Madrid: Instituto de Valencia de Don Juan, 1921.
- . *Elegías de varones ilustres de Indias*. 1589–1601. Biblioteca de Autores Españoles. Vol. 4. Madrid: Rivadeneyra, 1847.
- Cummings, John. *Francis Drake: The Lives of a Hero*. Londres: Weidenfeld and Nicolson, 1995.
- Dalton, Karen C. C. “Art for the Sake of Dynasty. The Black Emperor in the Drake Jewel and Elizabethan Imperial Imagery”. *Early Modern Visual Culture: Representation, Race, an Empire in Renaissance England*. Ed. Peter Erickson y Clark Hulse. Philadelphia: U of Pennsylvania P, 2000. 178–214.
- Davis, Elizabeth B. *Myth and Identity in the Epic of Imperial Spain*. Columbia: U of Missouri P, 2000.
- Diccionario de Autoridades*. Ed. Real Academia Española. 3 vols. Madrid: Francisco Hierro, 1726–1737.
- Díez Castillo, Luis A. *Los cimarrones y la esclavitud en Panamá*. Panamá: Litográfica, 1968.

- . *Los cimarrones y los negros antillanos en Panamá*. Panamá: Julio Mercado Rudas, 1981.
- Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *La Araucana*. Ed. Marcos A. Morinigo e Isaías Lerner. 2 vols. Madrid: Castalia, 1987.
- Escalante, Aquiles. *El negro en Colombia*. Bogotá: U Nacional de Colombia, 1964.
- Feijoo, Ramiro. *Corsarios berberiscos. El reino corsario que provocó la guerra más larga de la historia de España*. Barcelona: Belacqva/Carroggio, 2003.
- Fuchs, Barbara. *Mimesis and Empire: The New World, Islam, and European Identities*. Cambridge: Cambridge UP, 2001.
- . “A Mirror Across the Water: Mimetic Racism, Hybridity, and Cultural Survival”. *Writing Race Across the Atlantic World: Medieval to Modern*. Eds. Philip D. Beidler y Gary Taylor. New York: Palgrave MacMillan, 2005. 9–26.
- . *Passing for Spain. Cervantes and the Fictions of Identity*. Urbana: U of Illinois P, 2003.
- Garcés, María Antonia. *Cervantes en Argel. Historia de un cautivo*. Madrid: Gredos, 2005.
- Guillott, Carlos Federico. *Negros rebeldes y negros cimarrones: perfil afro-americana en la historia del Nuevo Mundo durante el siglo XVI*. Buenos Aires: Farina, 1961.
- Herrera, Antonio de. *Tercera parte de la historia general del mundo*. Madrid: Alonso Martín de Balboa, 1612.
- Isidoro de Sevilla. *Etimologías*. 2 vols. Ed. José Oroz Reta y Manuel A. Marcos Casquero. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2000.
- Jameson, A. K. “Lope de Vega’s *La Dragontea*: Historical and Literary Sources”. *Hispanic Review* 6 (1938): 104–19.
- Landers, Jane. “*Cimarrón* Ethnicity and Cultural Adaptation in the Spanish Domains of the Circum-Caribbean, 1503–1763”. *Identity in the Shadow of Slavery*. Ed. Paul E. Lovejoy. London: Continuum, 2000. 30–54.
- Las Casas, Bartolomé de. *Brevísima relación de la Destrucción de las Indias*. Ed. Consuelo Varela. Madrid: Castalia, 1999.
- Malaxecheverría Rodríguez, Ignacio. *Fauna fantástica de la Península Ibérica*. San Sebastián: Kriselu, 1991.
- Mariana, Juan de. *Summarium ad Historiam Hispaniae eorum quae acciderunt annis sequentibus*. Moguntiae: Danielis ac Davidis Aubriorum y Clementes Schleichii, 1599.
- Martínez Montiel, Luz María. *Negros en América*. Madrid: MAPFRE, 1992.
- Morgan, Edmund S. *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia*. New York: W. W. Norton, 1975.
- Navarrete, María Cristina. *Cimarrones y palenques en el siglo XVII*. Cali: Facultad de Humanidades, 2003.
- Philips, Carla Rahn. *Six Galleons for the King of Spain. Imperial Defense in the Early Seventeenth Century*. Baltimore: The Johns Hopkins UP, 1992.
- Pierce, Frank. *La poesía épica del Siglo de Oro*. Madrid: Gredos, 1961.
- Price, Richard. *Sociedades cimarronas*. Trad. Lucio Fernando Oliver Costilla. México: Siglo XXI, 1981.
- R. B. *The English Heroe, or Sir Francis Drake Revived*. Londres: Nathaniel Crouch, 1687.

- Rodríguez, Frederick. *Cimarrón Revolt and Pacification in New Spain, the Isthmus of Panama and Colonial Colombia, 1503–1800*. Chicago: Loyola University of Chicago, 1979. Tesis doctoral inédita.
- Rodríguez de la Flor, Fernando. *Barroco: Representación e ideología en el mundo hispánico (1580–1680)*. Madrid: Cátedra, 2002.
- Rojas y Arrieta, Guillermo. *History of the Bishops of Panama*. Trad. T. J. McDonald. Panamá: Academia, 1929.
- Saco, José Antonio. *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países hispano-americanos*. 4 vols. La Habana: Cultural, 1939.
- Tomillo, Anastasio y Cristóbal Pérez Pastor. *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*. Madrid: Fortanet, 1901.
- Vega Carpio, Lope de. *La Dragontea*. Ed. Antonio Sánchez Jiménez. Madrid: Cátedra, en prensa.
- Vosters, Simon A. *Lope de Vega y la tradición occidental*. Valencia: Soler, 1977.
- Wright, Elizabeth R. “Epic and Archive: Lope de Vega, Francis Drake, and the Council of Indies”. *Calíope* 3 (1997): 37–56.
- . *Pilgrimage to Patronage. Lope de Vega and the Court of Philip III 1598–1621*. Lewisburg: Bucknell UP, 2001.